

“Recibid, mi querido conde, la sincera protesta de mi consideracion y de mis sentimientos para con vos.”—L.—F. de Orleans.”

CAPÍTULO XXIV.

POR este tiempo murió el pobre duque de Montpensier, siempre enfermo desde su cautividad en Marsella. Atacado de una enfermedad de pecho, se consumió lentamente en Saltill, cerca de Windsor. Fué enterrado en Westminster, á donde hemos saludado su tumba, al ir á depositar á Luis Felipe en la suya.

El conde de Beaujolais sobrevivió muy pocos meses. Atacado de la misma enfermedad que acababa de matar á su hermano, se le aconsejó que pasara á un clima mas suave; pero los dos únicos puntos, los dos solos puertos que brindasen una latitud mas templada y que el estado de Europa dejaba á merced de los proscritos, eran Malta y Madera; el conde de Beaujolais escojió á Malta, porque estar en Malta, era estar aun en la Inglaterra. El duque de Orleans lo acompañó á ese punto; pero el calor era tan sofocante en Malta, que un médico les propuso fuesen á Nicolosi, es decir, á las regiones medias del Etna. Escribieron al rey Fernando IV que dió su permiso; pero cuando este permiso llegó, ya el conde de Beaujolais habia muerto.

El príncipe fué enterrado en los primeros dias de Junio de 1808, en la iglesia de San Juan con la mayor solemnidad y honores.

En 1829, el duque de Orleans, durante un viaje que hizo á Inglaterra, mandó levantar en la iglesia de Westminster un monumento al duque de Montpensier, y en 1843, llenó el mismo deber piadoso para con el conde de Beaujolais.

Despues, ¡destino singular de este hombre! él murió tambien á su turno, desterrado, como habian muerto sus dos hermanos.

Desde la roca de Malta á la cabecera de su hermano moribundo, el 17 de Abril de 1808, el príncipe Luis Felipe escribió esta carta á Dumouriez:

¡Ay! es para los hombres políticos, sobre todo, para quienes ha sido hecho el terrible proverbio *Scripta manent*.

“Mi posicion estraña presenta algunas ventajas que tal vez puedo exagerarme, pero de las que me parece que se podria sacar algun partido, que es todo lo que deseo. Soy príncipe francés y sin embargo soy inglés, primero por necesidad, porque nadie sabe mejor que yo, que la Inglaterra es la única potencia que pueda y que quiera protegerme; luego lo soy por principios, por opinion y por todas mis costumbres. En mis conversaciones con la reina, llegamos mas allá de lo que pudiera indicarnos en esta carta y en esas conversaciones es en donde esta princesa me protesta el pesar de que no pueda emprender la ejecucion de aquello cuya necesidad le he hecho conocer; pero le digo que mi *carreton* (¡Dios lo bendiga!) me aguarda en el camino de Hamptoncourt, que debo estar ya en él, hácia el mes de Junio; y que de ninguna manera estoy dispuesto á abandonar mi tratamiento y la proteccion de la Inglaterra. Bien conocereis que si la guerra que se enciende en Italia, me proporciona alguna probabilidad *de sentarme*, el *carreton* esperará. Aquí hay un ejército inglés,

al que, pudiera no ser inútil que yo fuera napolitano: mas para que mi cooperacion le sea útil, no bastaba que la quiera ó la permita; es necesario que el gobierno se explique, es preciso á lo menos, que se digne aprobarme ó que sepa yo de una manera categórica si les convengo ó no.

“Me hariais un verdadero favor, me hariais un gran servicio, en hacer saber esto á M. Canning, poniéndolo al alcance de la posicion en que me encuentro, y haciéndole conocer que quizas les pueda ser útil para alguna cosa, que es el mas sincero y mas ardiente de mis deseos. Le importa mucho á la Inglaterra, arrebatár las islas Jónicas á los franceses. Se encontrarán allí mas de seis mil hombres de guarnicion, entre los cuales hay dos mil italianos y mil quinientos albaneses y epirotas que al punto se convertirán en excelentes soldados que defenderán su causa contra los franceses. Ella tendrá entonces todo á su disposicion, y el Austria accederá á todo, con tal de que los franceses queden escluidos.

“Si la Inglaterra cree que la presencia de mi persona podrá ser conveniente en aquellas islas, yo me encuentro pronto á partir con el mayor gusto y os respondo de que bien pronto tendré allí algunas tropas con las que quizas armaré camorra. Si la Inglaterra no piensa en mí, no por esto me desconsolaré, sino que buscaré fortuna por otra parte.—Pero creo verdaderamente que esto podria realizarse; recapacitad bien sobre ello con vuestra excelente cabeza y estoy seguro de que la amistad que me profesais, os obligará á hacer por mí todo lo que sea posible.”

CAPÍTULO XXV.

DESGRACIADAMENTE esta vez lo mismo que la anterior, la rapidez de las victorias de Napoleon impidió que llegará la respuesta; la paz de Tilsitt destruyó los planes de 1808, como la paz de Presbourg habia destruido los de 1805. En medio de todo esto y durante la larga permanencia que hizo en Palermo, se habian arreglado los preliminares de un casamiento entre el duque de Orleans y María Amelia, hija de Fernando de Nápoles y de Carolina de Austria, hermana de María Antonieta, que estaba muy lejos de creer en esa época, que dos años despues, Napoleon, casándose con María Luisa, seria su sobrino y el de Luis XVI.

Pero lo que estaba fuera de duda, era la guerra con España.

Napoleon, para castigar á Juan VI por su alianza con los ingleses, habia ordenado á Junot que invadiera la Península con veinticuatro mil hombres.

Junot entró en Lisboa el 30 de Noviembre de 1807, y proclamó la destitucion de la casa de Braganza.

El 19 de Marzo de 1808, es decir, al tiempo que el duque de Orleans y su hermano iban en camino para Malta, Carlos IV se vió obligado á abdicar en Aranjuez en favor de su hijo, quien en el mismo dia, con gran regocijo del